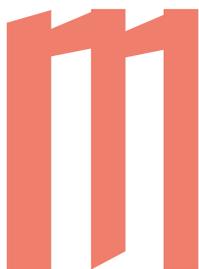




# EL PASILLO DE LA MONA LISA

DENISSE CÓRDOVA



El pasillo está en la casa de mis abuelos. Es la conexión de la sala con la cocina hacia su lado izquierdo. Hacia el lado derecho está el dormitorio de mi Tío Xavier y, casi en el centro, está el baño. Tiene paredes verdes, un tumbado alto, blanco y el piso es de madera brillante. En esa casa mi abuelita Carmen crió a mi prima Ely, ya adolescente; a mi prima Asun, a mi ñaño (hermano, en quichua) Lucho y a mí; niños todavía.

El pasillo era una alacena improvisada. Había tachos inmensos para guardar quintales de arroz y azúcar. Amábamos meter las manos en el arroz y comer a escondidas bocanadas de azúcar que se derretían en la boca. Empotradas en la pared, unas repisas que servían de licorera y, a su costado, un

*No hay nada mejor que una casa antigua, llena de recuerdos y de aventuras. Llena de amor y de esperanzas.*

refrigerador de los 50, con frutas, jugos, agua y lácteos. Este espacio olía a refrito y a jabón de rosas. Tenía sonidos de sartén friendo, la licuadora. Las voces de los vendedores ambulantes se mezclaban con nuestras risas, silbidos de canarios y los cantos de mi abuela. A veces, todo esto era silenciado por un grito: “¡Niño Lucho!” Yo me asustaba, pero luego me relajaba porque era el grito de Mercedes, la señora que trabajaba en la casa. De inmediato, mi hermano salía corriendo de la cocina con algún vegetal o fruta; Mercedes trataba de capturarlo. La finalidad de mi ñaño era lanzar los productos a la calle. Ciertos días, Asun, mi ñaño y yo, en un descuido de Mercedes, robábamos la olla del arroz. Salíamos corriendo de la cocina, con el corazón a mil, cargábamos la olla entre los tres. Llegábamos al dormitorio de mi tío Xavier, y cerrábamos la puerta con seguro. Mercedes quedaba afuera, reprendiéndonos. Nosotros, con la boca llena de cocolón, no replicábamos.

Había un teléfono beige, de rueda y con cordón. Estaba empotrado al lado de la cocina. Eso era importantísimo para nosotros, porque en otras habitaciones de la casa había más teléfonos. Por consiguiente, Asun, Lucho y yo escuchábamos las conversaciones de Ely con las amigas y los novios. Siempre nos descubría. Era imposible para nosotros no soltar carcajadas o imitar su manera de hablar.

Frente al baño estaba colgada una réplica de la Mona Lisa. La dama nos hacía sentir observados todo el día; parecía una espía. Mi ñaño le tenía pavor. Cuando pasaba por ahí, corría agachado, cerraba los ojos y me decía “Agáchate, ñaña, para que no te mire.” Él tenía miedo porque la Mona Lisa se parecía a mi Bisabuela María Nicolasa, cuya especialidad eran los coscorriones.

Las fiestas en la casa de mis abuelitos eran divertidísimas, con música en vivo y mucha comida que desfilaba desde la cocina. La sala y el comedor no abastecían para todos los invitados; se ponían sillas extras en el pasillo. Los primos nos sentábamos al lado de la cocina, para meter los dedos en los bocadillos. En una Navidad, mis primas agarraron el licor de menta de la repisa, me lo brindaron, y me emborraché. Mientras todos bailaban afuera, yo trataba de caminar hacia el dormitorio de mi tío Xavier. El piso de madera se movía y cada vez se hacía más distante la puerta del dormitorio. Fue un recorrido larguísimo. Llegué. No recuerdo más.

La primera vez que me dio inmovilidad tónica, tenía cinco años. Yo estaba sentada en la cama de mi tío, mirando al pasillo. Era de noche. Estaba oscuro, pero la luz del corredor estaba encendida. Por algún motivo, yo tenía terror. Eso no me dejaba respirar; no podía hablar ni moverme. Después de un rato, mi familia corría, de un lado a otro, en el pasillo. Mi madre me sacudía.

Alguien llamaba por teléfono. Mi abuela traía, desde la cocina, agua con azúcar. Me intentaban dar de beber, pero no podía ni tragar; todo se derramaba. Mi hermano, mis primas y la Mona Lisa me miraban asustados. Las imágenes eran como relámpagos; una fuerza me apretaba el cuerpo entero. Me movía al cabo de unos minutos.

Para entrar al baño, había un murito. Ahí me sentaba con medio cuerpo hacia el corredor y la otra mitad, dentro del baño; esperaba a mi abuelita. En sus traslados al baño, vi caer su cabello, la vi desangrarse, vomitar, llorar, rezar, pero también la escuché decir que todo estaría bien. En el muro teníamos grandes conversaciones sobre la vida, nuestras pasiones, el amor. Ella cantaba y yo bailaba. Supe que ella se iría de aquí cuando me dijo “Ya no puedo cantar.” Con el tiempo, mi abuelo también partió y la casa se ha cerrado. Nuestro pasillo está encadenado y en litigio. No hay espacio para la risa, el miedo, ni el llanto. Está vacío.



FOTO: DENISSE CÓRDOVA